

Al final

The sun in september



Capítulo 1

Once y media de la mañana del último sábado de noviembre. Me he levantado hace dos horas con un poco de resaca. Es lo que hago, acostumbro a tomar un par de copas antes de acostarme. Vuelvo de trabajar y doy un paseo, leo dos o tres páginas de algún libro que no me dé arcadas o de alguno que me endulzara el alma años atrás y, después de cenar, cojo una botella de vino, unas cervezas o un par de tónicas y su correspondiente ginebra.

Anoche vi una película en el cine: compré una bolsa de palomitas y un refresco de medio litro, dejé veinte euros en la taquilla y me senté en una butaca pringosa. Escuché el masticar de los vecinos de fila y volví a casa sin haberme enterado de nada. Abrí una botella de ginebra y la vacié en mi estómago junto a la compañía de Etta James. Hoy me he levantado sin ganas de nada, con la vana esperanza de que algo cambie al final del día.

El último sábado de cada mes veo a una vieja amiga. Cenamos juntos, tomamos un par de copas y comparamos las desgracias que nos ha brindado la existencia en el último ciclo lunar. Tenemos una lista, nuestros nombres en una pequeña hoja separados por una cruz, delimitando las victorias de cada uno. A la izquierda escribimos el año correspondiente y al lado las veces que ganó cada uno. Este ha sido un buen año para ti. Has trabajado y has conocido a un par de chicos con los que has reafirmado qué quieres en una relación. Y yo, mientras tanto, he apuntado muescas en el lado que me corresponde.

Por culpa de una tontería que acordamos cuando teníamos veinticuatro y veintitrés años, nos hemos estado acostando una vez al mes. Y de eso ya hace veinte años. Durante este tiempo, ambos tuvimos relaciones estables, relaciones que mantenían la chispa hasta que esta se apagaba y nos veíamos, de nuevo, acumulando muescas. Sin embargo, no nos saltamos ni un día, el último sábado de cada mes nos acostábamos religiosamente. Y, aun así, hoy no me apetece lo más mínimo.

Voy al baño y levanto la tapa del váter; me pregunto quién la habrá bajado. Miro a la translúcida ventana: blanco, verde y gris. Blanco por el cielo encapotado, verde por la fresca y húmeda hierba del vecino y gris por el escupitajo de asfalto al otro lado de la ventana. Cojo el teléfono y marco tu número.

—Buenos días.

—Hola, me llamas un poco pronto hoy, ¿no?

—Sí, mira, me tomé un par de copas anoche y puede que siga algo borracho. ¿Qué te parece si vienes a mi casa en un rato y preparamos algo para comer?

—¿En vez de quedar para cenar?

—Sí.

—Bueno... tenía un par de cosas para esta tarde, pero podría dejarlas para mañana... O hacerlas al volver.

—Muy bien, ¿hay algo que te apetezca?

—¿Qué tal una paella?

—No tengo ni idea de cómo se hace.

—Vale, tranquilo. Mira, te mando una lista con los ingredientes y en una hora u hora y media estoy ahí.

—Vale —colgué y tiré de la cisterna.

De la lista no tenía ni la mitad, apenas había visto un par de veces alguna de las verduras que mencionaba. ¿Apio? Creía que eso era cosa de películas. Bajé al supermercado, pregunté allí donde las cebollas y me entretuve en la pescadería buscando mejillones y navajas. Pregunté por un pedazo de bacalao fresco y acabé llevándome un rape. Al volver a casa descargué las cosas del coche y empecé a picar las verduras. Con todo dispuesto en diferentes platos me senté con un vermú a esperarte. Diez minutos más tarde, justo cuando me encendía un cigarrillo, observé cómo aparcabas el coche junto al portalón. «¿Por qué no lo metes dentro?», me pregunté.

—Y otro cigarrillo más que allá va... —dijiste al ver cómo me acercaba para recibirte.

—Compré todo, y hasta busqué una película para después —te dije con una sonrisa.

Hasta había dispuesto una manta sobre el sofá.

—Genial, he traído mi paellera por si acaso.

—Ya veo —dije como si no prestara atención.

Te reíste, entramos en la cocina y me diste la espátula. La alcé un par de veces como si de una batuta se tratara y me llevé el cachete que merece un niño travieso. Me agarraste el culo por un instante y besaste mi cuello. Echamos todo lo necesario al fuego y, tras barrer lo salpicado, nos sentamos a tomar un vermú. Otro para mí. No llevabas un buen mes; puse una muesca en tu lado, alcancé tu mano y limpié una lágrima que se escurrió por tu cara. No te había tocado la mejor familia del mundo. Comimos gran parte de la paella y guardamos las sobras. *Nos sentamos en el sofá a ver una película y me miraste con extrañeza. Las piernas bajo a manta, bajo los pantalones de cada uno, sintiendo el calor que compartíamos a causa de la proximidad a la que estábamos acostumbrados era más que suficiente para esa tarde de sábado.* Al terminar la película te besé y te propuse dar un paseo.

—¿Es que no vamos a follar hoy?, ¿no te apetece?

—Pues no mucho, pero me gustaría dormir contigo esta noche —contesté.

—Sabes que no podemos hacer eso, si hemos aguantado hasta ahora es porque tenemos bien definidos los márgenes de nuestra relación.

—No, si ya. No me refiero a eso.

—¿Entonces? —preguntaste inquisitiva, con afiladas uñas tras los párpados.

—Pues no lo sé, si de te digo la verdad. Pero me apetece dormir con alguien esta noche. No tiene por qué significar nada.

Me miraste con desconfianza y, sin embargo, asentiste ante la idea de dar un paseo, nos cogimos de la mano y enseñamos a mis vecinos algo a lo que no estaban acostumbrados; nos besamos ante un estanque, cenamos algo ligero y dejamos que el silencio nos acurrucara. Contemplé tus manías, las que no había visto en estos veinte años, y me quedé dormido.

Al despuntar el día nos acostamos. Observé cómo una nueva sonrisa bajo tus ojos iluminaba toda mi habitación. Te besé, lamí tu sudor y cubrí de miel tu vientre. Nos duchamos bajo el mismo chorro y volvimos a la cama.

Nunca llegamos a hablar de ello. A la semana siguiente viniste a mi casa con una maleta y unos días más tarde vaciaste el piso en el que vivías. Ahora paseamos y aprendo recetas, compartimos algo que llevábamos toda una vida posponiendo; y, por suerte, bajo la confianza de

habernos conocido primero.

Gracias por leer esta pequeña historia. Si te ha gustado no olvides votar y comentar, por favor.